

El factor religioso en la conflictividad balcánica

La confrontación bélica que está desangrando a la ex Yugoslavia, tiene componentes históricos y étnicos indiscutibles. Pero, ¿qué papel juega el factor religioso en este rompecabezas? El autor aborda esta dimensión del problema, remontándose a los inicios de las religiones asentadas en las poblaciones serbia, croata y eslovena. Desde esa perspectiva se comprende mejor el componente fanático del actual conflicto.

Alfonso Echánove *

LOS países de Europa no acaban de asimilar la persistencia y contumacia del conflicto balcánico. ¡Cuánto más fácil le hubiera resultado a la mentalidad popular —tras la caída del sistema comunista—, comprender una especie de asalto de miseria, pre-sentido de algún modo, que no el sangriento conflicto de Yugoslavia, tan cercano y tan inesperado! Que en el mismo Adriático, a la vista de Italia y de toda Europa Occidental, se esté desarrollando tal carnicería le resulta

* Jesuita, doctor en Historia, Madrid.

simplemente inconcebible. Justamente ahora hace diez años se desarrollaba en Sarajevo la Olimpiada de Invierno. Era, pues, Yugoslavia un país civilizado, y en la desinformada mentalidad occidental, incluso distancia del bloque socialista, muy afín incluso al resto de Europa Central.

Sin embargo, para cualquier mínimo conocedor de la circunstancia, el desmembramiento de Yugoslavia era sólo una cuestión de tiempo desde que en 1980 murió el dictador Tito. ¿A qué, pues, esta sorpresa? Tiene su explicación. Las generaciones que constituyen el grueso de la población europea actual no han conocido, por su edad, la decisiva incidencia que la Segunda Guerra Mundial tuvo en Yugoslavia, y a duras penas, a través del generalmente escaso conocimiento de la historia, saben remontarse al incidente de Sarajevo en 1914, que sirvió como fulminante para el desencadenamiento de la Primera. Y, sin embargo, los males de Yugoslavia, recalentados en los dos grandes conflictos, desbordan incluso este período histórico y tienen orígenes y etiología mucho más lejanos.

I. El desmembramiento yugoslavo

Rencores modernos

LA radical insuficiencia del «Reino de los serbios, croatas y eslovenos» —estructura fatal creada en 1918— se manifestó desde el principio en la arrogancia serbia, que está en el origen moderno del actual conflicto. Consecuencia de la arrogancia serbia (y de su desprecio por los otros pueblos) fue —a renglón seguido— la incalificable crueldad del fascismo croata desde 1941, que se llevó por delante, mano a mano con los nazis, a casi dos millones de «chetniks» serbios, principalmente en los territorios de Bosnia-Herzegovina. Más de 4.000 monumentos funerarios esparcidos por el territorio dan fe de esta bestialidad. Estas cosas ocurrieron desde que en 1918, malaventuradamente, se constituyó de forma artificial el estado de los «eslavos del sur» (Yugoslavia) (1).

(1) «El estado anterior no era un estado, y ni siquiera una sociedad multicultural, multirreligiosa, multinacional... era un «no-estado» estructurado en plurisociedades, o compuesto de por lo menos ocho sociedades desiguales (más o menos multiculturales, multirreligiosas, multiétnicas... etc.), v. Kuzmanic, Toni Ante, Guerra e religione in Iugoslavia, *Il Regno-Documenti*, 3/94, pp. 124-128. Toni Ante Kuzmanic es investigador de ciencia política en la Facultad de Ciencias Sociales de Ljubiana (Eslovenia).

Ahora que todo va mal se añoran, desde tópicos fácilmente admitidos o desde la pura ignorancia, los dorados tiempos en que en tierras yugoslavas convivían pacíficamente —se dice— las tres etnias, serbia, croata y bosnia-musulmana.

No es exacto. No es verdad. Nadie piense que entre croatas, serbios y bosnios pudo alguna vez reinar una verdadera paz, como no fuera en casos singulares. Si ha existido una convivencia «de facto» de las tres «etnias-religiones» ha sido en los largos tiempos en que sobre la conflictiva península balcánica ha dominado algún poder imperial y despótico, llámese bizantino, turco o austro-húngaro, capaz de imponer por la fuerza un orden social.

El día en que el último imperio dejó de existir como tal (1918), el cáncer balcánico, largo tiempo incubado, empezó a metastasiarse en Belgrado y en Zagreb, aunque por la fuerza de la costumbre, en un principio continuaran convivencias locales allí donde la mezcla étnica o religiosa existía desde hacía mucho tiempo, como existen los accidentes geográficos, lo que ha podido dar lugar a engaño.

Esta situación empeoró progresiva y profundamente de 1941 a 1945, como queda dicho, y apenas tuvo tiempo de deteriorarse hasta los términos actuales, a pesar de los odios creados, porque después de la Segunda Guerra Mundial asumió el poder Josip Broz, «Tito», con la autoridad que le prestaba su indiscutido liderazgo partisano de la resistencia anti-nazi, y la incuestionable imposición de su ideología comunista. Regidos por su mano de hierro, los enfrentados pueblos, lenguas y religiones de Yugoslavia han vivido en «paz» durante los cuarenta años de su dominio, hasta que su muerte ha puesto de manifiesto que la figura del dictador era verdaderamente insustituible y que las tendencias dislocantes estaban a flor de piel.

Características de la conflictividad balcánica

LAS características principales de esta profunda conflictividad son, esencialmente, el *nacionalismo* en sus peores manifestaciones, y la *religión* como fuerza espiritual manipulable desde el nacionalismo. De menor fuerza parecen los intereses meramente materiales, aunque existen, y las rivalidades de campanario, que dan cuerpo local en su momento a los citados odios ancestrales.

Nacionalismo y religión van de la mano en tres manifestaciones distintas (serbia, croata y bosnia-musulmana) que unidas a otras peculiaridades históricas (migraciones, efectos de las guerras y de la historia) aumentan increíblemente las variables productoras y mantenedoras del conflicto. Así, existe y se puede hablar de un ancestral nacionalismo serbio-ortodoxo, de un nacionalismo croata-católico y de un nacionalismo bosnio-musulmán, este último fomentado desde el poder. Ironías del destino. Tito había fundado la república musulmana en la federación serbia, para que sirviera como colchón entre serbios, croatas y albaneses. Ahora se ha convertido en mero objeto de deseo y en piedra de escándalo (2).

Insuficiencias nacionalistas

NINGUNO de los pueblos que han venido componiendo la Yugoslavia moderna ha disfrutado en la historia de una estabilidad, peso y fronteras suficientemente largos como para mantenerse a flote en los tiempos adversos. Esta permanente frustración ha deprimido secularmente a estos pueblos, incapaces de labrarse un destino razonable, y ha atizado las emociones nacionalistas cuando las circunstancias lo han permitido, como lo fue el momento de la retirada turca, en el siglo XIX, y como es el caso actual.

Serbia vivió sucesivamente como tributaria del Imperio bizantino y del búlgaro y finalmente, absorbida por el turco. *Croacia* se encontró enseguida, tras la división del Imperio romano, a la sombra de Hungría y del Sacro Imperio, aparte de tener que soportar las fricciones que le ocasionaba la vecindad de Serbia. Se libró relativamente del yugo otomano, al ser con *Eslovenia* la primera zona que los turcos hubieron de abandonar, pero hubo de aguantarse con la áspera férula austro-húngara en tiempos modernos. *Bosnia*, finalmente, ha atravesado su historia, ahogada entre todas las etnias por razones de origen religioso que ahora explicaremos, pero con el mismo resultado y aun peor.

(2) En 1945 Bosnia y Herzegovina fueron unidas en la «República Popular Bosnia-Herzegovina». En 1963 Tito las denominó «República Socialista de Bosnia-Herzegovina». 1990 fue el año en que el «status» de la República Federal hizo crisis. Bosnia-Herzegovina perdió su carácter socialista y comenzó su transición a la democracia. Más de veinte partidos mostraron la desestructuración del país. Desde fuera, las grandes estrategias de la antigua Yugoslavia («Gran Serbia») y de Croacia («Croacia en sus fronteras históricas»), amontonaban nubarrones que en último término iban a descargar sobre la débil Bosnia.

No es exagerado decir que todas estas unidades han languidecido entre el ser y el no ser. Vivas como pueblos, medio muertas o latentes como unidades políticas. Desplazándose a tenor de la fuerza de sus señores o de los contrarios o, como alternativa, viviendo en una tranquila pero indigna sumisión bajo los opresores indiscutibles de gigantismo imperial.

El factor religioso

A falta de las convenientes estructuras seculares —y de manera particular en los tiempos de catástrofe—, para estos pueblos la *religión* se constituyó en refugio amparador y en mantenedora de utopías. No quiere esto decir que el espíritu religioso de esos pueblos no fuera sincero, sino que, cuando todo lo demás faltaba o se vio amenazado, el reducto transcendente apareció a los ojos de los pueblos y de los cleros como lo único sólido. De ello a que las reivindicaciones nacionalistas trataran de apoyarse en el tronco de valores religiosos no había más que un paso. La historia demuestra que eso es precisamente lo que en tierras balcánicas ha venido sucediendo y reiterándose.

Como confirmación de esta idea general y todavía sin salirnos del que denominamos «conflicto moderno» (posterior a 1918), podemos rastrear sin esfuerzo el respaldo que la jerarquía ortodoxa serbia ha prestado y presta al nacionalismo de Slobodan Milosevic, sin que valgan de mucho sus reiterados y explícitos distanciamientos —probablemente muy tardíos y oportunistas— respecto de la ideología comunista implantada por Tito, y mantenida por el propio Milosevic con el ejército federal (3).

En el campo croata, no hay más que remontarse a los años del estado fascista («ustachi») de Ante Pavelic, durante el dominio nazi, para encontrar las conversiones forzadas al catolicismo como un medio de «limpieza étnica». Y no digamos nada del recurso al Islam, de los bosnios, casi como único instrumento de supervivencia para la etnia de menor definición estatal de todos los Balcanes.

(3) «Es éste el pueblo que, en la actualidad, incomprendido... se siente abandonado por algunos de sus aliados tradicionales en la Comunidad Europea y más generalmente en la Europa cristiana, a pesar de que su confianza en la dirección de Serbia y en la presidencia de Yugoslavia está seriamente quebrantada, y más todavía su confianza en el mando del ejército yugoslavo». Llamamiento del episcopado ortodoxo serbio, 16-17 enero de 1992, v. *Ecclesia*, 16 mayo, 1992, p. 37 s.

II. La inevitable historia

Estructura religiosa de los Balcanes

HASTA finales del siglo IV —en seguida verá el lector que no es ocioso coger el agua de tan arriba— la península de los Balcanes (masiva, montuosa, fragmentada) había acabado por entrar en el cristianismo. Ni entonces se regían las iglesias por pautas demasiado uniformes, ni el Papa de Roma (menos aún el Patriarca de Constantinopla), podía ejercer una poderosa autoridad de presencia. En suma, el cristianismo como religión empezaba a ser un elemento de *com-uni*ón que de haber seguido así a lo largo de los siglos, sin duda hubiera dado otro tono a las relaciones de los pueblos balcánicos entre sí.

La realidad fue distinta. El año 395, el emperador Teodosio, consciente de la insuficiencia de un solo emperador para regir una sociedad tan enorme y compleja por las mismas normas, dividió el Imperio romano en dos: imperio romano de Oriente e Imperio romano de Occidente. No era la primera vez que esto se intentaba, pero fue la última, y sus consecuencias fueron trascendentales para el porvenir de Europa entera. Mientras el Imperio de Occidente se hundía por desintegración (Alarico saqueó Roma el 410), y diversos pueblos bárbaros iban ocupando el antiguo solar, el imperio de Constantinopla —la nueva Roma— subsistía, se consolidaba y se preparaba para un florecimiento que iba a durar todavía, decadencia incluida, todo un milenio.

Para la todavía escasa población de los Balcanes, esta división que les seccionaba con precisión por el eje de Drina (que aún hoy es frontera entre Serbia y Bosnia), creaba una situación nueva. Fieles en principio al Papa de Roma, la mentalidad eclesial empezará pronto a bascular, en busca de seguridad, desde el imperio aniquilado al subsistente, de la pobreza italiana a la riqueza de Constantinopla, de las algaradas atroces de los pueblos invasores, al amparo del imperio organizado, del Papa de Roma al Patriarca de Bizancio.

Ya en tiempos de San Inocencio I (401-417), se empieza a temer y experimentar la orientación hacia la nueva Roma, y este Papa luchará por mantener bajo su autoridad aquellas sedes del Illyrico oriental (actuales Rumania y Serbia), que empiezan a legalizar sus elecciones episcopales en Constantinopla.

Se necesita una cierta mentalidad histórica para percibir intuitivamente la trascendencia de esta separación. Con el paso del tiempo (cinco siglos más) la fascinación de Bizancio había echado ya raíces en la mitad oriental de los Balcanes, y el Cisma de Oriente, consumado por Miguel Cerulario en 1054, hará que el pueblo serbio se consolide en la ortodoxia, disolviendo la unidad balcánica y añadiendo un factor de enfrentamiento en las relaciones existentes entre ellos y los pueblos católicos (Croacia, Eslovenia, Hungría). Cultura, idioma, alfabeto, lazos administrativos, burocracia, costumbres..., quedaron envueltos para siempre y hasta hoy, bajo diversas etiquetas, por la *separación religiosa*. Ortodoxia serbia y catolicismo croata no fueron para estos pueblos opciones libres, sino resultantes implacables de una división política que quizá no se pudo evitar.

La confusa singularidad de Bosnia

DURANTE el tiempo en que tiene lugar la orientación serbia hacia Bizancio, Bosnia, debido a su posición céntrica fue, ante todo, un codiciado lugar de dominio y posesión por parte de los pueblos que, de forma análoga al resto de los Balcanes, desde muchos siglos antes habían venido irrumpiendo de norte a sur (ilirios, celtas y finalmente, eslavos s. VIII). Con algunas variantes poco significativas, este mismo proceso es el que determina la composición étnica de Croacia y Serbia, así como la analogía final de sus respectivas lenguas (serbo-croata, croato-serbio).

Pero no ocurrió así con el factor religioso. A Bosnia vinieron a parar los restos de la religión *Bogomil* (4), que en las clases dominantes echó raíces suficientemente profundas como para dar a toda la región un carácter herético dentro del entorno católico. En este sentido, Bosnia y su entorno religioso han tenido una singularidad de gran importancia.

De gran importancia, en primer lugar, porque la *iglesia herética bosnia*

(4) El fenómeno de la religión bogomila casi entra en el terreno del pintoresquismo. Asentado en Bosnia hacia el 930, es una ramificación de la religión de Bogomil (¿persona física, símbolo...?), que a su vez procedía del más puro maniqueísmo persa. Dualista, antisacramentalista, anticristiano, anticulturalista y antijerárquico, tuvo fuerte influjo en Macedonia, Bulgaria y Serbia hasta el siglo XIII. Expulsados por los emperadores bizantinos permanecieron firmemente arraigados en Bosnia, pero pudieron arribar al Sur de Francia, donde crearon la secta cátara (pura), destruida más tarde en la cruzada contra los albigenses.

suscitó la preocupación de Roma, e incluso la acción del Papa Inocencio III, que dispuso la predicación de dos cruzadas con el intento de erradicar la religión bogomila. Y además, porque en esa situación de perseguidos, los bosnios bogomiles encontraron su solución años adelante, entregándose en cuerpo y alma a los turcos musulmanes cuando éstos se impusieron para siempre sobre los serbios en la famosa batalla de Kosowo (1389). A partir de ese momento, los *bosnios* se sintieron liberados dentro del imperio turco, y su antigua religión maniquea fue sustituida con ventaja y, al parecer, sin gran dificultad, por los mandamientos claros del Islam.

Por el contrario, los *serbios*, nacionalmente hundidos por el mazazo de Kosowo, y sintiéndose también traicionados por sus nobles (que se habían pasado al Islam con armas y bagages para eludir las cargas y tributos que se imponían a los «infieles»), adquirieron una mentalidad victimaaria y vivieron en adelante una humillación nacional perdurable hasta que en el siglo XIX pudieron destapar toda su ansia reivindicativa en la creación del nuevo Reino de Serbia. La Serbia actual es todavía, a fines del siglo XX, una inercia de la dinámica de odio generada a lo largo de aquellos cuatro siglos.

Bosnios y serbios quedaron para siempre mortalmente enfrentados, no por causa de la derrota, que ambos habían padecido, *sino por causa de la religión*. Pero esto requiere que nos detengamos un momento.

La victimación de Serbia y su redención religiosa

COMO toda sociedad de cuño feudal, la estratificación serbia daba ventaja a los nobles (*spahis*) y al alto clero. A la hora de la verdad, que sonó en la batalla de Kosowo, estas clases privilegiadas tuvieron que decidir entre la resistencia pasiva (la activa era imposible) fiel a los principios cristianos marcados por la ortodoxia —lo que suponía una práctica esclavitud a los dominadores turcos—, o bien la aceptación de la cultura conquistadora, mediante la conversión al Islam.

Los nobles prefirieron islamizarse, con lo que ante el pueblo se descastaron para siempre. Los obispos, sin llegar a tanto, hubieron de comprar en adelante sus nombramientos (que era tanto como decir sus jurisdicciones) a la Sublime Puerta. Vinculados a ésta, aseglarados y aleja-

dos del pueblo y siendo predominantemente extranjeros —sobre todo griegos—, no se distinguieron, a los ojos de los creyentes, de los nobles apóstatas. ¿Qué le quedaba a la masa de los fieles serbios para no desnaturalizarse?

El pueblo llano, pobres labradores en su integridad, permaneció en la ortodoxia, trabajando codo con codo junto a los popes, tan miserables e ignorantes como ellos, de los que recibían, sin embargo, el mínimo consuelo espiritual de los sacramentos. Para reparar sus pobres iglesias (sin las prohibidas campanas y cruces), y mucho más para construirlas, el pueblo debía pagar a los dominadores turcos fuertes cantidades en concepto de impuesto. Debía igualmente someterse a la durísima leva de niños (uno de cada diez) con los que el turco nutría cada cinco años su semillero de «nueva milicia» (*jeni ceri* = jenízaros). Todo esto era añadir la injuria al escarnio, y crear un horno de odio hacia cuanto oliera a musulmán. Y no pierda ya de vista el lector que, una vez conseguida en el siglo XIX la emancipación, los musulmanes más inmediatos e irremediables para los serbios eran e iban a ser... los bosnios.

Pero los turcos, por razones mal esclarecidas, habían dejado intactos los monasterios. Fuera por un cierto respecto sacro, fuera por temer alteraciones graves del orden si los santuarios del pueblo (Ipek, Prizren, Ravanitsa), eran eliminados, estos «conventos-santuarios», sólidamente estatuidos, repletos de vocaciones, verdaderos seminarios de un clero regular mejor formado que los popes de a pie, se convirtieron en los *centros de referencia nacional*. Lugares constantes de peregrinación, sancionadores religiosos de todas las actividades privadas —contratos, matrimonios—, puntos de encuentro popular y predicación inflamada e idealista, se constituyeron en custodios y propagadores de la vieja gloria nacional y estimuladores de la esperanza de futuro.

III. Un equívoco: religión en lugar de comunismo

La función de la religión tras el hundimiento comunista

LA prehistoria de la función religiosa en la Serbia humillada, arriba descrita, sentó las que podríamos denomi-

nar «bases genéticas» de las actitudes actuales. Las convulsiones nacionalistas de este siglo, incluyendo en tal concepto —algo inadecuadamente— el casi medio siglo de dominación comunista, mantenían el factor religioso como un recurso eventual.

Pero de la noche a la mañana, al desaparecer Tito y lo que él representaba, las iglesias, el clero, las religiones se han convertido en el «núcleo espiritual principal de los nuevos regímenes nacionalistas». «Si en el sistema anterior la ideología comunista era el ingrediente más importante de la vida espiritual e ideológica, en la nueva situación el hueco de la ideología comunista ha sido literalmente ocupado por la iglesia, el clero, la religión» (5).

El lenguaje religioso de los serbios actuales

LA impostación religiosa del nacionalismo serbio de hoy día reúne todos los tópicos de los que se ha nutrido el espíritu serbio desde la batalla de Kosowo. Los turcos, al vencerles y ejecutar al príncipe Lazar, les convirtieron en mártires. Los *bosnios*, al traicionar la coalición de resistencia antiturca y convertirse al Islam, les habían dejado a los pies de los caballos, haciéndoles víctimas (6).

No hay mentira al legitimar la mentalidad victimaria de los serbios como producto de un genocidio. Este reflejo es el que, al margen de la ideología comunista —mero factor coyuntural de la guerra y postguerra—, ha conducido a la revancha dominadora (1918). El *Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos* dejó pronto entender que sería un *Reino de los Serbios*.

Cuando, en respuesta a esta arrogancia y sus atropellos, las circunstancias internacionales dieron a los croatas la posibilidad de una respuesta

(5) Kuzmanic, Toni Ante, v. supra, p. 124.

(6) Es a este respecto, del mayor interés que la carta del episcopado ortodoxo que analizamos, y que maneja la idea de la reconciliación con los croatas, *ni siquiera mencione* a los musulmanes bosnios a los que en la fecha de la publicación ya estaba machacando el ejército federal con increíbles vejaciones). Pero en cambio acumula adjetivos lamentosos que son proyección de su ancestral mentalidad de perseguidos: «*Estamos condenados a llevar nuestra cruz. Jamás renegaremos de la cruz venerable de nuestro pueblo. Está ahí nuestro camino de San Sava, de nuestra opción de Kosowo...*», «*...invitamos a nuestro pueblo, el pueblo de Dios, el pueblo de San Sava, de San Lazar, el gran mártir de Kosowo, a que no se desanimen...*», «*...Dios es el Dios de justicia y está siempre en favor de los que sufren por la justicia...*», v. Llamamiento del episcopado ortodoxo serbio, cf. n. 3.

contundente, el estado fascista del *ustachi* Pavelic ejecutó el nuevo *genocidio* de 1941-44. En realidad, aquello era una simple y brutal revancha. Pero los «chetniks» serbios serán sacrificados bajo el título de *no querer convertirse al catolicismo*. No es de extrañar que tanto por parte serbia como croata perdure un encono de carácter religioso difícilmente erradicable, y que la jerarquía serbia esté todavía lejos de atender las demandas pacificadoras de Juan Pablo II.

La catolización croata

EL destino del pueblo croata difiere notablemente del de Serbia. Para empezar, el avance turco del siglo XV no laminó al pueblo croata como lo había hecho con el serbio. Siempre fue posible la resistencia, habida cuenta de que el invasor perdía fuerza debido al alargamiento de sus líneas. Croacia quedó dividida. El Norte, unido a Eslovenia y tradicionalmente vinculado a Hungría, permaneció católico por cualquiera de sus contactos (Sacro Imperio, Dalmacia-Adriático-Roma, Hungría). El Sur, ocupado por los turcos, estaba constituido por las zonas fronterizas llamadas Krajinas, con una población a medias serbia y croata, lo que explica por qué en la actual guerra, Serbia se adjudica territorios tan alejados de sus fronteras naturales.

Croacia íntegra pasó a formar parte del Imperio austríaco (Sacro Imperio, todavía), cuando tras el levantamiento del sitio de Viena (1683), toda posibilidad de expansión turca desapareció para siempre en los ejércitos victoriosos de Eugenio de Saboya (Prinz Eugen) y los tratados de Carlowitz y Passarowitz (1699 y 1714 resp.).

Todo el pasado católico de Croacia se restableció con entusiasmo militante a partir de entonces.

Y hasta nuestros días sigue así, no sin incurrir en algunos de los erróneos comportamientos de los que se acusa a los serbios. Los excesos del gobierno fascista de la Ustacha impulsando la pureza étnica llevaban desgraciadamente un marchamo católico, y las víctimas producidas entre los «chetniks» serbios de las Krajinas y de Bosnia, hay que cargarlas en una negra cuenta croata (7). El relativo equilibrio de fuerzas conseguido

(7) No sin motivo escribe el investigador Kuzmanic (v. supra nota) que «en las actuales circunstancias es posible declarar que, por ejemplo, el estado croata es un estado religioso. Y no en el sentido de que un partido

desde el comienzo de las hostilidades actuales entre Serbia (todavía «Yugoslavia») y Croacia, ha producido una deriva prematura de la agresividad serbia hacia los musulmanes de Bosnia, que de todos modos se hubiera producido. Pero la independencia y el reconocimiento internacional obtenidos por Croacia y Eslovenia ha servido para que el catolicismo croata se erija de nuevo en bandera nacional.

Perspectivas de futuro

ES difícil afrontar el desarrollo de este conflicto sin incurrir en tópicos banales que van desde el deseo sentimental hasta la intervención extranjera pasando por todo género de pre-negociaciones sin éxito. Ninguna de estas proyecciones posibles se apoya en fundamentos sólidos. Los odios viscerales acumulados por tantas razones a lo largo de los siglos y dentro de esta misma guerra hacen difícil prever arreglos estables basados en el «aquí no ha pasado nada».

Si el cansancio hace mella en los contendientes asistiremos a ralentizaciones, relativos apaciguamientos, apariencias de paz que en realidad cada uno de ellos aprovechará para rearmarse. Por lo que se refiere a Bosnia-Herzegovina hay que decir que hoy día, ayudada militarmente por Turquía e Irán, su capacidad de disuasión se ha acrecentado aunque la inferioridad básica respecto de los serbios y los bosnios serbios (Karadzic) no haga verosímil un triunfo militar.

Se encoge el alma al contemplar la falta de perspectivas. ¿Será verdad el sombrío pronóstico del montenegrino Milovan Djilas, famoso disidente de Tito?: *«En ausencia de una paz firme y avalada por los que tienen capacidad de imponerla, la guerra de exterminio en Bosnia durará años y décadas. Ganará en extensión, llegará a otras regiones, socavará el edificio de las Naciones Unidas y echará por tierra los principios de los derechos humanos y las leyes internacionales de la guerra»* (8).

cristiano-demócrata (como en Italia o en otros lugares) tenga un papel político entre otros grupos, sino que el cristiano-demócrata (el HDZ del presidente Tujman, Unión Democrática Croata) representa un movimiento totalitario que gobierna el estado de una manera similar y comparable al precedente período comunista. Es comparable no sólo por lo que concierne a la semejanza de las ideologías totalitarias, sino... a causa del control totalitario sobre la sociedad y sobre la política,... por no hablar de la opresión de otros grupos o individualidades. Para el autor, además, todos los jefes eclesiásticos de Croacia como de Serbia actúan como «el aparato estatal por excelencia». V. Kuzmanic, a. c. p. 126.

(8) Djilas, Milovan: «Historia de una guerra», *Cambio* 16, 12 abril, 1993, pág. 67.

Pero, sea lo que fuere de las eventualidades conflictivas, hay que desear que el *factor religioso influya decisivamente* —cosa que todavía no ha ocurrido— para obtener una verdadera reconciliación. Para que esto tuviera efecto sería precisa una declaración conjunta de principios en nombre de las religiones (católica, ortodoxa y musulmana), en la que el Papa, el Patriarca serbio y el más cualificado representante musulmán denunciaran la manipulación religiosa de que se vale el nacionalismo y éste quedara al desnudo. Sería como arrebatar a cada contendiente su mejor bandera bélica. Si ellos, por principios religiosos y morales y por la cualificación de sus personas y cargos no son capaces de adoptar tan radicales y efectivos gestos, ¿cómo puede esperarse que la comunidad internacional intervenga eficazmente para atajar la sangría?

Ahora bien, si analizamos lo que cada una de las confesiones ha expresado, veremos que religión y nación son —en los Balkanes— sentimientos demasiado inseparables, y que ninguna de las partes hila tan fino como para distanciarse y procurar, a nivel colectivo, esa extinción emocional que incluso a nivel individual es muy difícil. El Papa Juan Pablo II pedía el «desarme de los corazones». Nos preguntamos si ese sincero deseo y otros similares expresados por él y por las conferencias episcopales logran trasponer el umbral de eficacia pacificadora indispensable.